

EL ATENEO

En Chile nadie había sentido, hasta Cristián Delande, por el conglomerado, tal vez de sus orígenes, la necesidad de acercarse a los artistas, sin distinción de ramo, ni nadie había logrado agruparles, sin distinciones, como a él le fue dado hacerlo, acaso por su juventud generosa. Sin ser ambicioso, pues afortunada o infortunadamente no lo fue nunca; tenía condiciones tácitas de "condottiere", y quienquiera, las sufría y, aún a pesar suyo, las acataba, porque junto a su empuje, advertía su desinterés. El Ateneo, ya instituido, con sede en la Universidad de Chile, sala de sesiones en la de honor y con Samuel Lillo como secretario perpetuo, experimentó su influencia y con él tuvo, sin duda, su mayor auge; iniciativas suyas fueron el "Machitún" y, después, antes de dejar su país, la Colonia Tolstoyana, núcleos de intensas actividades que hacen época y constituyen, nada menos, la Generación del Novecientos.

Podía parecer hasta brillante la personalidad de Cristián Delande; pero ese brillo entrañaba ardimiento y una cálida y comunicativa cordialidad. En gracia a que amó mucho, a que lo amó todo, también le fueron perdonados, con el tiempo, sus arrestos mozos, sus impulsividades, y remitidos le fueron, con el tiempo, algunos de sus yerros. Era ciertamente el hombre viviente del Evangelio, que no puede, aunque quiera,

dedicarse a enterrar muertos; que no apacigua, sino conturba y, a las veces perturba; agitador de almas hecho para remover ¡y cómo! nuestro tímido cotarro, hacen treinta y nueve años. ¡Pobre precursor de un Mesías que no acaba de advenir!

Las veladas del Ateneo, con algunas de las cuales se llegó a componer un volumen, hubieran dado material para varios, aún volviendo a depurar actuaciones ya de por sí seleccionadas. Prosistas y vates hicieron labor no sólo decorosa, sino meritoria y a veces relevante, y crearon un público habitual tan numeroso como recogido y acogedor, y un buen gusto, en ese público. La juventud estudiantil, principalmente, llenaba, colmaba las tribunas y, provinciano o santiaguino, hoy en día ningún Ministro de Estado, Plenipotenciario o de Cortes de Justicia, ningún parlamentario, profesional, industrial, agricultor o financiero, todos cuantos pasaron por esas aulas de cultura, y seguramente pasaron todos, deja de recordar, como un período romántico de su vida nacional, las veladas del Ateneo de Santiago, sobre todo entre 1900 y 1905.

Se estrenó Cristián Delande dentro de esos años de oro, en una solemne reapertura de temporada y entre otros números, con Juan Francisco González, quien debía leer una encíclica sobre arte, y el poeta colombiano, Isaías Gamboa, quien se presentaba con su poema "Ante el Mar", y lo hizo a su vez con su monólogo "El Alma del Violín". Y, desde este punto y hora, empezó para él ese dualismo del autor-actor y esa divergencia consigo mismo, que lo ha acompañado a

lo largo de su carrera, consiguiéndole satisfacciones un tanto exhibicionistas, por sus dotes oratorias y escénicas, pero también procurándole la rivalidad del artista que alienta en él preponderantemente y constituye la esencia, presencia y potencia de su personalidad. (Del artista lleno de concentración, el artífice experto, y el austero artesano, tres personas distintas y un solo Cristián Delande, no más).

Antes había comido, por la aproximación, en la casa de la calle San Diego, del Maestro González, que ése sí era un maestro con todas las de la ley, como suelen serlo el maestro albañil, el maestro herrero, el maestro carpintero y hasta el maestro zapatero, tantos cuantos compartan con el "Maestro Bueno", ese título que, sin embargo, él rechazó por todavía creerse indigno de merecerlo. Y por cierto que, durante la comida, como Cristián manifestara haber perdido el apetito con la preocupación, Juan Francisco lo recriminó diciéndole que un verdadero artista no tenía por qué temer afrontar al público, siendo éste, por el contrario, quien debía reverenciar a quien se dignaba instruirle.

En la puerta de la Universidad, cuando llegaban, un tal Laroche, pintor francés de entonces, detuvo a Cristián para ver la extensión del monólogo que éste iba a recitar; pero como le dijera que no llevaba papeles, lo asustó sobre una posible falla de memoria, y lo hizo regresarse a buscarlos. Sólo que cuando le tocó subir a la tribuna, se los volvió a olvidar en el abrigo que acababa de quitarse, y esta vez no trató ya de rescatarlos.

Otra peripecia le sobrevino, desconcertadora.

Dublé Urrutia, que vivía como inspector en la propia casa universitaria, habíale recomendado que pasara por su pieza para comprobar "si iba bien vestido"; pero el debutante dio un no ha lugar a esta impertinencia.

Solamente ya delante del público, le entró el cominillo de su traje de etiqueta e *in mente* empezó a repasarlo: frac, chaleco, pantalón, zapatos, cuello... hasta detenerse en la corbata. ¿Se la había puesto? La veía con la imaginación sobre la colcha de su cama. Y sin osar bruscos ademanes, fue alzando la mano hasta comprobar que la había olvidado... Felizmente por tratarse de un lacito blanco como la pechera de la camisa, nadie reparó en su omisión.

Pero se ha invertido el orden de los acontecimientos. Restablezcámoslo:

Entretanto tocóle hablar, antes que él, al tranquilo Juan Francisco, quien debía de haber perdido su tranquilidad de la hora de comida, pues empezó por buscarse las gafas en todos los bolsillos, por traspapelear el orden numérico de las cuartillas, por arrancar el brazo de la luz, queriendo acercársela al rostro con demasiada brusquedad y, finalmente, por perder pie y el hilo del discurso, al punto de callar, entre el general silencio, y descender del estrado, lleno de confusión. Los días siguientes hablaba nada menos que de suicidarse en rescate del honor perdido.

Isaías obtuvo uno de esos éxitos clamorosos que sólo logran los poetas, en épocas de poesía. Su tez bru-

ñida, su acento exótico, nostálgico y cálido, su origen caleño, como la "María" de Jorge Isaacs, todo, hasta el tema mismo que trataba, electrizaron a la concurrencia, y más de una lágrima rodó en honor suyo o fue enjugada furtivamente cuando se le oyó decir:

*¡Leve el barco! Si está escrito
Que perezca lejos, solo y olvidado, ¡oh, infinito!
Mar recíbeme y sepúltame en el fondo
De tus lóbregas entrañas, lo más hondo, lo más hondo,
Tal que nadie pueda hallarme
¡Ni turbarme nunca más!
Y el arrullo de tus ondas, cadencioso como un canto,
Duerma yo mi último sueño misterioso bajo el manto
De tus candidas espumas, de tus iris, de tus brumas,
¡Ver Mar!*

Y pese a sus treinta años que, más que nada, tantas simpatías le ganaban, no tardó el colombiano en volver a su Colombia, sin arribar nunca a ella. Ese presentimiento, precisamente, fue el que pasó esa noche, como un escalofrío por la sala del Ateneo de Santiago.

Tan gran éxito hubiera podido perjudicar o por lo menos arredrar al neófito Delande; pero dentro de su idiosincrasia está que el miedo no lo acompañe sino hasta entre bastidores, y que lo estimulen los aplausos a los demás cual si le pareciese más noble liza aquella en que se contiende con émulos dignos de tomarse en cuenta. El ha creído siempre que eso dignifica el ambiente y tonifica al combatiente y que, además y so-

bre todo, hay sitio para todos cuantos valgan y lo merezcan, en este amplio campo del Señor. Jamás el más leve despecho puede rozar siquiera a quien así lo entienda.

Tardas y tardías disquisiciones, para venir a que "El Alma del Violín" sonó como un violín en el alma de quienes lo escucharon. Aquella voz, de la cual debían decirse tantas cosas en tantas partes, acababa de resonar en público y había hallado eco, porque tenía repercusión, porque había nacido para vibrar. Toda la gama de las pasiones y los sentimientos ha pasado por ella, sin que pierda su frescura, y hoy que Delande peina canas y tiene arrugas en el rostro, ya que no en el alma, perdura juvenil todavía y parece desprenderse del hombre envejecido que la gasta sin llegar a desgastarla.

Fue desde ese instante su consagración. Ya al día siguiente sabían los corrillos literarios y la capital y el país, que había un artista más entre los poquísimos que han sido y los contados que son. Y desde ese instante, hay que reconocerlo, la figura de Cristián Delande no perdió ya nunca más su actualidad, sin dejar de estarlo en toda ocasión, durante ya cuarenta años, a través de las generaciones de arte y las mutaciones de escuela, con una jovialidad sólo comparable a la de su voz.

¡Debían de ser otros tiempos, o así se lo imagina Cristián, por cuanto así pensaba él y ni por un momento sintió en torno suyo el resquemor de una envidia o los celos y recelos de sus camaradas! Es cierto

que él no concibe siquiera que puedan experimentar-se esos impulsos y los niega y atribuye a razones menos innobles, llegando hasta creer que toda malevolencia ajena tiene origen en alguna culpa nuestra. “Porque, al fin y al cabo —como suele decir con entera buena fe—, no nos es dable cambiar a los demás, pero sí modificarnos a nosotros mismos”.

Salían esa noche con su abuela de la velada y seguían la Alameda a pie. El joven guardaba silencio y la anciana llegó a inquietarse.

—¿Te parece que no te han aplaudido bastante? —sondeó tímidamente.

Y él no despegó los labios tampoco; porque ¡cómo decirle, cómo explicarle, que sentía en la boca ese regusto a acíbar, ese dejo de ceniza, que nos queda siempre después de aquello que los ingenuos o los envidiosos suelen llamar nuestros éxitos!...

* * *

Los monólogos de Cristián Delande se hicieron famosos, aunque la crítica los haya juzgado ibsenianos o maeterlinckianos, como sus cuentos para niños estaban influenciados por Andersen o por Daudet, uno de los cuales ganó en Madrid, treinta años después, el primer premio entre otros cinco mil cuentos; como se atribuían sus relatos a Loti y a Tolstoi sus ideas sociales. En realidad todo lo suyo, tan multiforme, tenía el inconfundible sello de su personalidad tan varia y para decirlo en alta voz, como sus monólogos, hacían

falta su memoria y su facultad tan natural de identificarse con las situaciones, hasta el punto de producir cada vez, una nueva confusión.

En "El Crimen Reflejo", cuando el protagonista se interrumpe debilitado por la emoción, en el auditorio hubo inquietud y algunos hasta alcanzaron a levantarse de su asiento creyendo que se había indispuerto el intérprete.

En "Nuestra Sombra", en cambio, donde alguien con la obsesión de que la sombra nuestra es la Muerte que nos sigue y nos persigue, se defiende ante un tribunal, al pronunciar las primeras palabras: "¿Están bien cerradas las puertas?", el portero, desde la entrada, le respondió casi a gritos:

—Sí, señor.

Y todos aceptaron este insólito diálogo, como la cosa más natural del mundo.